

SEMINARIO TEOLÓGICO DE PUERTO RICO
SF-603 INTERNADO Rev. Dr. Javier Gómez Marrero
MANEJANDO CONFLICTOS: ESTUDIO DE CASO

“ME QUIERO DIVORCIAR”

¿Cómo enfrentar un divorcio entre creyentes?

El caso: “Todavía recuerdo la noche en que mi ex esposa expresó su deseo de separarnos. Nunca lo voy a olvidar porque quedé paralizado. Me casé para toda la vida y jamás imaginé que viviría algo así...” —fueron las palabras del líder cristiano.

Cynthia y Daniel se conocieron en la iglesia luego de que Daniel llegara a Puerto Rico después de haber completado sus estudios en los Estados Unidos. Daniel le había entregado su vida al Señor unos tres años antes y Cynthia un poco antes que él.

Tuvieron una relación de noviazgo por dos años y medio y, después de ese tiempo, contrajeron matrimonio. La celebración de su boda fue una fiesta para la iglesia. Era la primera pareja de esa congregación que se unía en matrimonio. Como fruto de ese matrimonio Cynthia y Daniel tuvieron dos hijos, que al día de hoy son adolescentes. Con el pasar del tiempo Cynthia y Daniel se convirtieron en líderes admirados y respetados por su congregación. Para sus pastores y demás hermanos en la fe eran una linda pareja y un modelo de familia a seguir.

Todo se derrumbó cuando Cynthia le expresó a Daniel su deseo de separación después de diecisiete años de matrimonio, cosa que a todos sorprendió. Para ese tiempo el mayor de sus hijos contaba con doce años de edad y el menor con siete.

¿Qué haría usted?: ¿Cuál es la mejor ayuda que la iglesia podría ofrecerle a esta pareja?

¿Deberían ser removidos de sus labores ministeriales? ¿Sí? ¿No?

¿Cuáles serían las consecuencias de removerlos o permitirles continuar con su labor ministerial?

¿Mantendríamos como iglesia una actitud amante y redentora con esta pareja con el fin de ayudarla en un posible proceso de reconciliación?

Lo que pasó: Sus pastores se reunieron con ellos para indagar en los motivos de la separación y ofrecer la ayuda necesaria. Sin embargo, era una situación más seria de lo que pensaban. Entre muchas otras cosas, se trataba también de un caso de infidelidad de parte de Cynthia. Los pastores entendieron que no tenían las herramientas necesarias para poder lidiar con el asunto, así que refieren a la pareja a un terapeuta de familia, no sin antes advertirles que, aunque Dios perdona y restaura, existía un proceso por el que tenían que pasar y era meritorio hacer una pausa en sus labores ministeriales para poder concentrar todos sus esfuerzos en trabajar con el asunto. Por un año y cuatro meses Cynthia y Daniel estuvieron viviendo separados bajo el mismo techo y buscando ayuda profesional, pero no se pudo salvar la relación. Cynthia no sólo había decidido separarse, sino también divorciarse, así que Daniel, al cabo de ese año y cuatro meses, salió de su casa. Un mes después de estar viviendo separado completamente de Cynthia, Daniel recibe la demanda de divorcio y tres meses más tarde ya era un hombre legalmente divorciado.

Al día de hoy, después de cuatro años y medio divorciados, ni Cynthia ni Daniel se han envuelto en ninguna otra relación. Continúan solteros, concentrando todos sus esfuerzos en echar hacia adelante su mayor tesoro que son sus hijos. Gozan de una amistad saludable, sirven al Señor de todo corazón e irónicamente continúan asistiendo a la misma iglesia, cada cual por su lado. Nunca más volvieron a hablar de lo sucedido, ni con los demás ni entre ellos mismos.

Para discutir: El caso de Cynthia y Daniel nos plantea la necesidad de proveer espacios para atender las necesidades de los diversos grupos que forman parte de nuestras congregaciones —niños, jóvenes, adultos solteros, matrimonios, etc.

¿Cuántas situaciones podrían prevenirse en nuestras congregaciones si se detectaran a tiempo?

¿Qué pudo haber sucedido con Cynthia? ¿Cuáles pudieron haber sido los factores que la llevaron a eso?

¿Cuán afectados podrían estar tanto Cynthia como Daniel aún después de más de cuatro años después de un golpe emocional tan fuerte como el que vivieron?

¿Estarán sanos?

¿Será saludable que cada uno de ellos continúe siendo parte de la misma congregación, aún cuando ellos mismos lo decidieron?

¿Cómo estará la salud emocional de sus hijos? ¿Contaron con ayuda? ¿Se les ofreció?

¿Cuán diligente es la Iglesia en asegurarse que miembros de su congregación que han pasado por situaciones como ésta se manifiesten mutuamente un espíritu cristiano de perdón y restauración?